

TESTIMONIO

DE SOR TERESA MARIA ESTER



Paz y bien a ustedes, espectadores (cf. Sab 19,8) que leen las maravillas que el Señor (cf. Sal 105,5) ha hecho también en mi vida desde que era niña. La cruz, ha sido para mí un estímulo adicional para seguir al Señor. ¡Abrazar la cruz en cada etapa de la vida! Cuando escuche por primera vez el pasaje: «*El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga.*» (Lc 9,23), pensé: “claro que el Señor es exigente! ¡Me gusta!”. Estas palabras de Jesús, se me quedaron bien grabadas y pensé: “¡Tiene razón! si no nos negamos a nosotros mismos corremos el riesgo de no tomar la cruz adecuada, y corremos el riesgo de no seguir al Señor y, por tanto, de no hacer su voluntad”. Alguien me enseñó -con las palabras de Jesús- que debemos tomar sobre nuestros hombros la cruz dulce y ligera del Señor, y no la cruz fatigosa y agobiante del mundo, pues el mismo Jesús dice: “*Porque mi yugo es suave y mi carga liviana.*” (Mt 11,30)¹. Sí, la cruz del Señor es suave y liviana y te lleva a la salvación.

El encuentro con los misioneros y la decisión de bautizarme.

Comienzo el relato de mi testimonio, abriendo una necesaria paréntesis: nací y crecí en una familia musulmana no practicante. Era 1993 cuando por primera vez conocí a misioneros católicos. Tenía solo siete años, pero en mi pecho se encendió enseguida un fuego, como el de los discípulos en Emaús (cf. Lc 24,32). En mi familia somos tres hijos. Tengo dos hermanos mayores, y gracias a ellos empecé a asistir a la Iglesia. Lamentablemente, ellos se alejaron de nuevo de la fe en Cristo. Recuerdo que fue precisamente uno de ellos, el mayor, quien me dijo que fuera a la Iglesia. Mientras iba, me preguntaba: “¿Por qué me dijo eso? ¿Qué habrá en la iglesia?”, pero, aunque si me turbaba, fui corriendo a ese lugar. Tan pronto como entré ahí, mi corazón se llenó de gran alegría, pero no entendía de dónde venía, y volviendo a casa, pensé por qué estaba tan alegre. De dónde provenía aquella alegría, lo comprendí solo algunos años después, leyendo el salmo 121: «*¡Qué alegría, cuando me dijeron: «Iremos a la casa del Señor! Ya están parados nuestros pies, a tus puertas Jerusalén».*

El paso decisivo para el Bautismo

De pequeña recuerdo que se celebraba las fiestas musulmanas y sacrificaba un animal, luego con el sangre, se marcaban sea a las personas como los marcos de las puertas de las casas. También a mí una vez me ha sucedido estar marcada con esa sangre, justo como está escrito en el Antiguo Testamento en el libro del Éxodo: «*La sangre les servirá de señal para indicar las casas donde ustedes estén. Al verla, yo pasaré de largo, y así ustedes se libarán*» (Ex 12, 13); o en el libro del profeta Ezequiel cuando dice: «*marca un tau en su frente*» (Ez 9,4), y «*[...] no se acerquen a ninguno que este marcado con la tau*» (Ez 9,6). Sin embargo, no sabría decir si el gesto que hacían quisiera indicar esto, pero leyendo la Biblia, me doy esta explicación: marcada desde siempre, ¡¡desde pequeña !!...

Como he escribí antes, nací y crecí en una familia musulmana y llegar al bautismo para mí no fue nada fácil. Cuando supe que mi segundo hermano iba a recibir el bautismo, me dije: “¡la próxima seré yo!”. Mis dos hermanos fueron bautizados antes que yo, pero no tuvieron de parte de mis padres todas las dificultades que yo en cambio he pasado. Una de las primeras pruebas más fuertes de mi vida, la viví dos años antes de mi bautismo a los 17 años (a los 19 años recibí el bautismo).

¹ Cf. FRA V.V en SLC pag. 336, meditación del 4º Misterio doloroso.

Era la víspera de Pentecostés. Habría tenido que hacer la entrada oficial al catecumenado, pero no fui. La razón fue que uno de mis familiares - evidentemente no contento con el paso que quería dar, y también porque estaba más atenta a la búsqueda de mi fe que al estudio - amenazó con matarme por la fe en Jesús. Recuerdo cómo la punta del cuchillo me tocaba el estómago. Estaba un poco asustada, pero a pesar de todo dije estas palabras: "Hazlo, más que esto (es decir, matarme) ¿qué puedes hacerme?". ¡Creo en la resurrección! Este episodio ha fortalecido cada vez más en mí la fuerza de buscarme la voluntad de Dios, también por las palabras de Jesús que recomienda: «*No teman a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más.*» (Lc 12, 4). Pasada también aquella dura prueba y, después de muchas peripecias, finalmente llegué al bautismo. Recibí el bautismo el día de Pascua el 16 de abril de 2006. La emoción que sentí fue la de sentirme renacida a una nueva vida: una criatura nueva como dice la palabra de Dios: «*te aseguro que el que no nace del agua y del espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*» (Jn 3,5). En el testimonio que di después de mi bautismo, entre otras cosas dije: "*Ahora también yo soy hija de Dios, renacida ... Ahora tengo que llevar adelante con empeño lo que he recibido ...*"

Después del bautismo, las pruebas no terminaron. Como mis familiares todavía obstaculizaban mi fe impidiéndome asistir a misa e ir a retiros con los otros jóvenes, entré en un período de depresión: quería acabar con todo, pensando en el suicidio. Le decía al Señor: "¿No es posible que me obstaculicen en hacer lo que Tú me pones en el corazón? ¡Ahora basta!". Ciertamente no habría resuelto el problema así, sino que lo habría empeorado. Pero el Señor no permitió que esto sucediera, y en el momento en que quería hacerlo, me iluminó enviando un mensaje a una muy querida amiga mía, que al llamarme me dijo: "*¡No puedes hacer esto! ¡La vida te la da el Señor y es Él quien te la quita!* (Es obvio que ella quiso recordarme que solo el Señor es el dueño de la vida y nosotros no podemos decidir quitárnosla). Esas palabras me hicieron cambiar de opinión al instante. Inmediatamente sentí la necesidad de ir a confesarme por la gravedad del pecado que había pensado cometer. Todavía recuerdo la cara del sacerdote cuando se lo conté: ¡se sorprendió! Luego con serenidad y con una sonrisa enorme, me dio la absolución. Sentí una gran liberación e hice un suspiro de alivio. La confesión es una gran gracia que el Señor nos ha dejado.

La Llamada.

Poco después de mi bautismo, comencé a comprender con certeza que el Señor me llamaba a una consagración religiosa y a abrazar de este modo su cruz: era el 10 de junio de 2006. Ya de pequeña Dios había hablado de alguna manera a mi corazón. Recuerdo que a la edad de nueve años, hice un sueño² en el que estaba caminando en mi pueblo natal y estaba vestida de monja. Me preguntaba el sentido de este sueño, pero entonces no entendía y mucho menos podía saber que el Señor habla de muchos modos (cf. Job 33,14). Para llegar a la primera comunidad con la que deseaba tener una experiencia allí en Albania, tuve que hacer como santa Clara: huir de casa. Por supuesto, mis parientes no estaban para nada contentos, y después de encontrarme y llevarme a casa a la fuerza, me mantuvieron encerrada con candado durante un mes. Sucedió también a san Francisco de Asís que fue encarcelado por su padre cuando supo de la vocación de su hijo³. Lo que me dio la fuerza para no rendirme en la búsqueda de la voluntad de Dios fueron las palabras de Jesús cuando dice: «*El que pierda su vida por mi causa, la encontrará*» (Mt 16,25).

² "La visión habla de peligros y del camino para salvarse de ellos... no es una película anticipada del futuro del que nada podría ser cambiado" (cf. CONGREGACION POR LA DOCTRINA DE LA FE, *El mensaje de Fátima, comentario teológico*, 26 de junio de 2000).

³ Cf. FONTI FRANCESCANI, *Leggenda dei tre compagni*, n.1417.

Así conocí a la Comunidad de los “Pequeños Frailes y Hermanas de Jesús y María”.

Del triste acontecimiento con mis parientes que acabo de contar, transcurrieron siete años de continua búsqueda vocacional, cuando finalmente en noviembre del 2012, en Facebook, vi por primera vez la Comunidad Religiosa de los *Pequeños Frailes y Pequeñas Hermanas de Jesús y María*, de la que ahora soy parte. La primera foto que vi, fue el de Sor Estela e inmediatamente quedé impresionada por la juventud, la alegría y la serenidad que ella transmitía, solo a través de las fotos. Luego vi uno de los videos vocacionales en el sitio: www.frailespobres.net que se titula: *“¿Pero tú, vivirías como nosotros?”* en el que se muestran muy bien los aspectos del carisma, desde la contemplación y la oración en el claustro, a la acción itinerante por los caminos del mundo, completamente abandonados a la divina providencia, como dice Jesús en el Evangelio: *«No tomen nada para el viaje, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas para cada uno»* (Lc 9, 3). Hacia el final del vídeo está esta pregunta: *“Nuestra Misión (es decir, nuestro trabajo) es: Anunciar al mundo «Cristo muerto y resucitado» a través de pobres volantes, pero aún antes a través de - el ejemplo de Vida. ¿Nos ayudarías a hacer esto con "tu vida"?”* ¡Me sentí llamada! Y empecé a contactarme con ellos. Después de un tiempo de conocimiento con la comunidad a través de internet, decidí hacer mis primeras experiencias vocacionales con ellos en Italia. En 2013 en Sicilia, conocí a Fray Volantino, el fundador de la Comunidad. Durante todo el tiempo que estuve todavía en Albania, él estaba cerca explicarme cómo discernir la voluntad de Dios en mi vida sobre la base de la Palabra de Dios y de las enseñanzas de la Iglesia. Sus enseñanzas me han sido y siguen siendo muy valiosas para mi camino espiritual. Recuerdo haber pensado de él que era un fraile que no solo se esforzaba por ser pequeño y humilde, sino que era realmente un instrumento en las manos de Dios por haber dado vida a esta comunidad, con trabajo y esfuerzo. ¡La comunidad ha cambiado mi vida! Una gran ayuda para madurar paso a paso el deseo de la consagración, lo tuve también de nuestra Madre General Sor Verónica, que siempre me ha ayudado y alentado en mi camino de formación también en los momentos de desaliento, dándome siempre la palabra justa que sabía sacudirme. Realmente no puedo sino agradecer continuamente al Señor por todo lo que me ha dado y seguirá dándome en esta comunidad de los *“Pequeños de Jesús y María”* en la que me ha llamado a servirlo más de cerca.

Concluyo, escribiendo que, desde que he emprendido el camino de la consagración en esta Familia religiosa, la paz, la serenidad y la alegría nunca me han faltado, incluso en medio de las pruebas y esto no puede ser más que un don de Dios. Y como dijo un buen amigo mío, el obispo de Rimini: *“Lo que importa es encontrarte en sus manos, maleable, útil, para ser colocado allí donde Él siempre te ha soñado, en el lugar preparado precisamente para ti (...) entonces tenemos una voz, y podemos gritar a Dios nuestra felicidad”*⁴.

Paz y bien y sobre todo: *¡Deseos de Santidad!* (cf. 1Ts 4,3a).

Noto (SR), 28 Enero 2017

Suor Teresa Maria Ester

⁴ FRANCESCO LAMBIASI, Obispo de Rimini, Homilía del Obispo para la celebración eucarística del Meeting de CL, Rimini Fiera, 24 de agosto de 2014.